

Tanteos del tanto vivir¹

Pálido y espigado, con inexpresivo expresivo rostro, cruzaba, y no era rosacruz en sus honduras mistericas, o rosacruzaba los pasillos de Humanidades en medio de rigores silenciarios, vastos recogimientos que en audición de mundo economizaban la palabra para dotarla del poder de la poesía. Iba y venía, becerrero atrapado por la ciudad, y su cántico era interior. Amaba a la bella, deseada y lejana, y sólo se le oía el quién pudiera con una soga enlazar.

Eran tiempos de revueltas que él consumía entre el retorno a La Culebra, forma tenebrosa y claustral del exilio, y la Universidad donde nos habitó la utopía de la rosa blindada. La residencia en la tierra eran las residencias estudiantiles y Sabana Grande la gran sabana de la bohemia. Se creía que la palabra podía ser vomitada por el camarada máuser y que existían canciones del soldado justo. Pero en el fondo, y Acevedo era - sigue siendo- será puro fondo, él sabía tanto como Cadenas, igual que aquel desnutrido de Nutrias, el de *Sacramentales*, y más que la mayoría de nosotros, cómo y cuánto la palabra poética era audible por inaudible y, así tan sola, iba por el lado contrario del ruido de artillería. Lo entendió Apollinaire en la guerra que hizo, y lo sufrió, en estas tierras de asombro, Javier Heraud, con la guerra que no hizo. Enterrada en qué sitio, Rita Valdivia, borbotea la palabra muda que heredamos de aquellos tiempos y que Acevedo pretende reinventar para hacer hablar al silencio. La

¹ Sanoja Hernández, Jesús. Prólogo a *Papelera (tanteos estéticos sobre el vivir)* de Angel Eduardo Acevedo. Caracas: Calicanto Producciones Ruiz Editores, 1991.

muerte es también una balada y el recuerdo que de ella tenemos crea ilusiones de inmortalidad.

Vino la derrota, tal como nos fue advertido, y los restos de *Tabla Redonda* y *Techo de la Ballena et coetera* quedaron flotando en un mar oscuro del que vamos haciendo memoria con el intento, dulcemente cruel, de iluminarlo. Cada uno con su opción, la de Acevedo fue la vida plena, directa, gratuita como la palabra, sin esa carga de retribuciones a que obliga “la mortífera maquinaria del mundo”.

La Renovación Universitaria- ¡esas mayúsculas, por Dios!- lo ayudó a reasumir, como trovador que anda y desanda los caminos, la vida. Lo que para algunos fue un escenario donde montar la pieza de teatro contestataria, para Acevedo y otros fue una ruptura con el mundo y su feria de premiaciones y castigos. Aquel final de decenio, adiós y recomienzo, lo marcó. En algún lugar de las soledades que nos invitan, la profesora Richter musitará sus latines, rosa-rosae, con el recuerdo de la iracunda flor que le clavaron en el pecho.

Acevedo se hizo itinerante, caminante pero no viajero, incursionista mas no excursionista. Todo eso que en este libro resume en lo que los pedantes de cátedra llaman *curriculum vitae*, como muestra de un recorrido exterior, desplazamiento inocente, es en verdad una indagación interior. Lo que Europa tenía que decirle ya estaba dicho, desde Granada hasta París, y no serían aquellas tierras (espacios sin referencia vital, paisajes como en estampas) las que provocarían la convulsión.

De manera que su satisfacción al afirmar que el hombre es una criatura viajera sólo es dable aceptársela con la condición de que se cumpla un itinerario existencial. De París nos habla como entre guiones, parpadeo de una casualidad, pero del llano y su música, sus hombres y sus nombres, nos dibuja un mapa que es delirio geográfico tanto como una desmesura del yo. No es lo mismo haber nacido a orillas del Sena que en la confluencia del Apurito con el Guariquito, y no lo es, esto debe aclararse, para Ángel Eduardo Acevedo, amarrado al botalón de la infancia, prendido en soles que hacen ardoroso hasta al Everest suyo, y amante de las garzas como cualquier Bolívar Coronado.

¡Vaya, un poeta sin cisnes y un raspador de violín sabanero que se atreve a juntar, en una misma página, a Beethoven con Ángel Custodio Loyola!

Yo no puedo decir de Acevedo otra cosa que no lo vincule a la comarca donde tiene enterrados ombligo y alma. Su persecución de la palabra me fascina, pero sólo me llega al fondo, revolviendo esas aguas brillantes de la memoria, cuando tocan el tiempo y sus límites en la llanura. Por vía de juego, sus variaciones en torno de la rosa, me han devuelto a lo que dejé de ser y sigo siendo:

-Un día de 1939 el poemario de Sabás Fernández, guardado como una joya por mi madre. Sabás había agonizado en las bocas del Venamo, y su libro se llamaba *Rosas de invierno*. Era mi tío, murió dieciocho años antes de yo nacer, pero creo haberlo conocido. Un niño triste de los años 30 me dice que sí.

-El botiquín frente a la Plaza Bolívar y sus domingos en la mañana, y yo a la espera de que el hermano mayor se acordará de mí. El lugar: *El puñado de rosas*.

- Y un barrio, arrabal, orilla, no sé qué, *Las tres rosas*, hacia la laguna El Limonar, con sus pitahayas en el cercado, sus cayenas apaciguadas y aquel diamante de cuento y fábula, el de *Barrabás*, pasando de mano en mano mientras la vitrola inundaba la casa con “Vereda tropical”.

Este libro de Acevedo debería llamarse tanteos del tanto vivir.